

Gerhard Schröder participa en el acto inaugural de campaña del Partido Socialdemócrata alemán, en Hannover.



La 'Batalla de la Rosa'

Las izquierdas alemana y francesa sufren sendas crisis que podrían desembocar en escisiones y que, en Alemania, pueden provocar la caída de Gerard Schroder

Se llaman Oskar Lafontaine, Sabine Lösing, Axel Troost y Gregor Gysi en Alemania. En Francia, sus nombres son Laurent Fabius, Henri Emmanuelli, Jean-Luc Mélenchon o José Bové. Y tienen un punto en común: en los dos países que son motor de la Unión Europea han lanzado un desafío a los Partidos Socialistas tradicionales, acusados de liberalismo, con amplias coaliciones "a la izquierda de la izquierda" pragmáticas, modernas y que empiezan a demostrar su eficacia en las urnas. Su objetivo: reorientar Europa desde el núcleo franco-alemán.

El paisaje de la izquierda en Francia y en Alemania ha entrado en ebullición. Una ebullición que al principio, el invierno pasado, fue silenciosa: en Francia, algunos líderes socialistas rompían la disci-

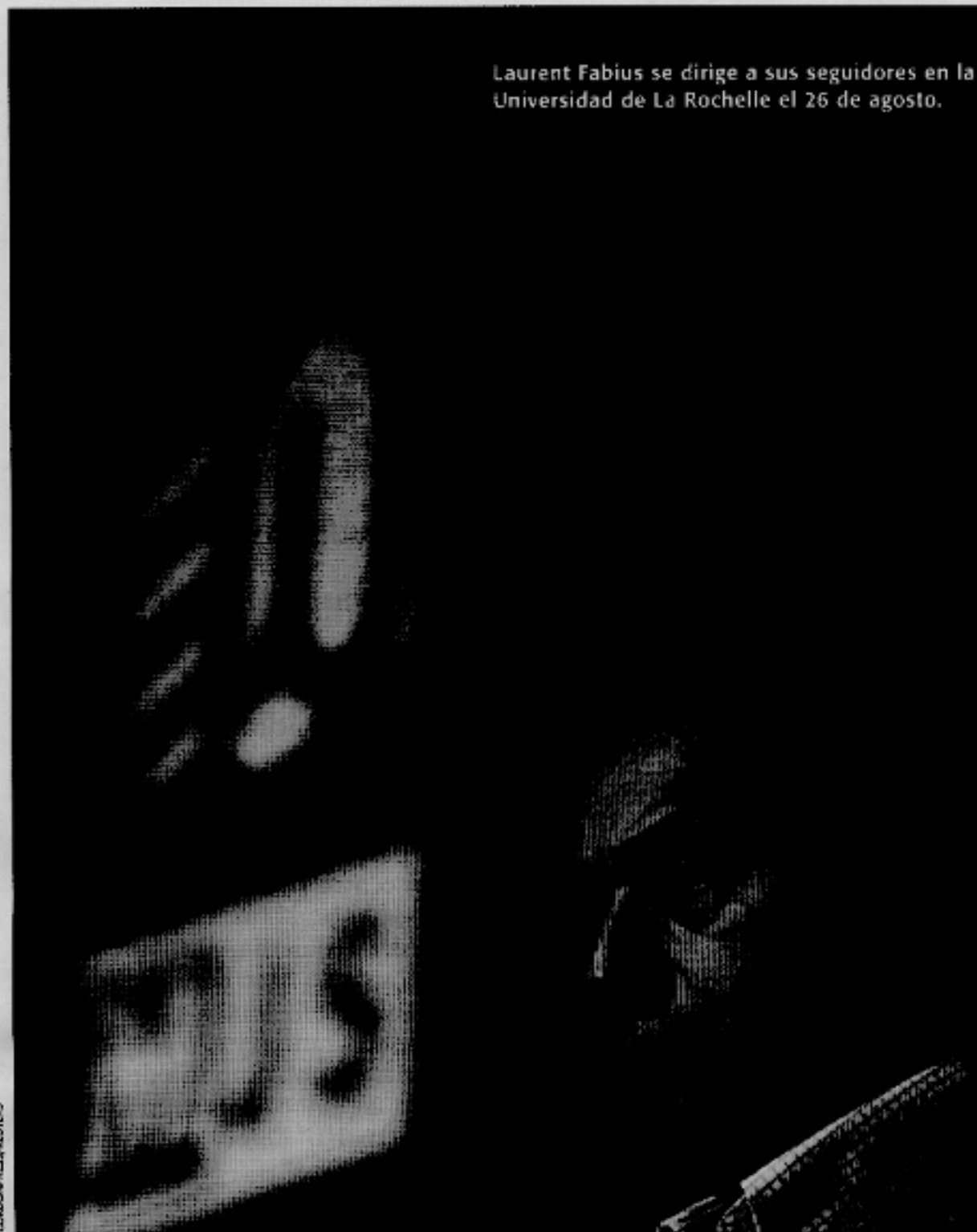
plina de partido y hacían campaña contra el proyecto de Constitución Europea; en Alemania, el SPD sufría la mayor escisión de su historia reciente, con la fuga de numerosos cuadros hacia una nueva formación de corte sindical, la WASG (Alternativa Electoral para el Trabajo y la Justicia Social). Llegó la primavera y la 'Batalla de la Rosa' salió a la luz del día. En Francia, el 'No' a la Constitución europea, tachada de ultraliberal, se impuso netamente en el referéndum gracias al vuelco del electorado de izquierda. Mientras tanto, en Alemania, la WASG se presentaba por primera vez a las urnas en las elecciones al Land de Renania del Norte-Westfalia y, pese a un resultado mediocre, demostraba su capacidad de desacreditar los intentos del SPD por resituarse a la izquierda para hacer campa-

ña. Ahora, en las postrimerías del verano, la 'Batalla de la Rosa' entra en su fase crucial: los socialistas rebeldes franceses van a la carga para tomar la dirección del Partido, y sus rivales, con Michel Rocard y Bernard Kouchner en primera línea, hablan de una posible escisión.

Divorcio en la izquierda

En Alemania, la WASG, aliada con el Partido de la Izquierda (heredero reformista de los comunistas de la RDA), despunta como la gran novedad de la campaña para las elecciones legislativas del 18 de septiembre, con perspectivas de convertirse en la tercera fuerza electoral del país, bisagra entre el Parlamento y la calle. El divorcio en el seno de las dos principales familias de la izquierda conti-

Laurent Fabius se dirige a sus seguidores en la Universidad de La Rochelle el 26 de agosto.



nental europea, el socialismo francés y el alemán, está a punto de ser consumado.

El conflicto actual entre el social-liberal Gerhard Schroeder, canciller saliente, y el 'social-socialista' Oskar Lafontaine va camino de convertirse en una ruptura de las de verdad, uno de esos cismas que sellan fracturas fundamentales del espacio político, como lo fuera en su día la que separó a los comunistas de los socialistas en las primeras décadas del siglo XX.

Lafontaine decidió abandonar el SPD en mayo pasado después de 40 años de militancia en el partido de Willy Brandt. Lo hizo después de cinco años de reflexión durante

los cuales se acercó mucho a la organización alterglobalista ATTAC y abandonó todos los cargos honoríficos del partido, o los mandatos electivos que fácilmente hubiera podido conquistar. En lugar de conformarse con una confortable prejubilación, dentro de poco cumplirá 62 años, Lafontaine, ex presidente del SPD, ex candidato a la cancillería, ex ministro-presidente del Land de Sarre y, sobre todo, ex efímero ministro de Finanzas de Schroeder, lanzó una muy bien pensada carga de profundidad contra la política 'schroederiana': su libro 'El corazón late a la izquierda', publicado poco después de su sonada dimisión del Gobierno, en 1999.

En ese texto, y en un momento en que casi nadie polemizaba sobre las orientaciones del futuro Banco Central Europeo, o sobre las políticas restrictivas en materia de salarios, Lafontaine se atrevía a sugerir que la política de Schroeder, combinada con las orientaciones ultraliberales de la Comisión Europea, conducirían a un desempleo masivo y a un estancamiento del crecimiento en Alemania, aun preservando los dividendos de las grandes empresas.

En el 2005, forzoso es aceptar que muchas de sus previsiones de desastre económico en el país del 'milagro económico' se han cumplido, en particular para las clases populares, y ello con Schroeder ininterrumpidamente en el poder, dotado de una mayoría parlamentaria relativamente confortable desde 1998.

De hecho, el fracaso del 'schroederismo' y su conversión al liberalismo, cuya culminación es la Ley Harz IV (sobre los derechos sociales de los desempleados) y la 'Agenda 2010' de recorte de las pensiones de jubilación, está en el origen de la decisión del canciller de anticipar unas elecciones que, de todas formas, parece condenado a perder.

El salto mortal de Schroeder

El fiasco de su política de empleo y el cuasi estancamiento de la economía habían conducido al canciller alemán a cotas de impopularidad abismales, sólo frenadas por su posición contraria a la guerra de Iraq. El histórico desastre de su SPD en la elección al Landtag de Sarre, en mayo pasado, obligó a Schroeder a intentar un triple salto mortal: adelantar las elecciones legislativas federales para pillar a contrapié a los disidentes de WASG, todavía demasiado verdes para una batalla electoral a escala de todo el país. Schroeder no contaba con un factor de peso: el Partido del Socialismo Democrático (PDS), de los ex comunistas de la RDA, ya ha efectuado su 'aggiornamento' y ha adoptado con toda naturalidad el nombre de 'Die Linkspartei' (el Partido de la Izquierda), abriendo sus listas, su poderosa estructura y su muy nutrida

y disciplinada militancia de 60.000 activistas a los desorganizados pero modernos sindicalistas y alterglobalistas del oeste. La entente entre el WASG, Lafontaine y el Linkspartei otorga a los ex comunistas del este la credibilidad de una izquierda nueva y contemporánea, ajena a toda nostalgia del 'Honeckerismo'; a los alterglobalistas del oeste, la alianza da la estructura, la organización y la militancia disciplinada de que carecían. La guinda es Lafontaine, un político eficiente de gustos refinados, que no asusta a eso que se suele llamar 'los mercados'.

zan a decantarse por la nueva izquierda. El mapa electoral del Linkspartei, cuyo lema genérico es 'La gente antes que los dividendos', se adosa perfectamente al mapa del desempleo y de la pobreza.

Los vasos comunicantes electorales en Alemania son extraños a los ojos de un español. En el este, el ascenso del Linkspartei priva a la CDU de buena parte de su capital electoral. En el oeste, es el SPD el que sufre. Para los dos grandes partidos, el ascenso de 'la otra fuerza' es una auténtica catástrofe: si el Linkspartei y Lafontaine

terprofesional y la creación de una especie de renta mínima universal garantizada para las familias, obtenida mediante la fusión de los diferentes subsidios existentes. La primera idea que permitiría hacer viable esas medidas es el despliegue de una 'fiscalidad inteligente', incrementando la presión fiscal sobre las rentas más elevadas y sobre las empresas que no crean empleo pese a obtener elevados dividendos. La segunda pista, considerada urgente: reorientar las políticas ultraliberales del Banco Central Europeo y de la Comisión Europea.

La federación franco-alemana

En una entrevista publicada por el diario ex comunista francés L'Humanité, Lafontaine declaraba: "Soy partidario de una federación franco-alemana, núcleo de una construcción europea con una política económica y social diferente". La federación franco-alemana es una idea vieja, que en el pasado fue estudiada sobre todo por el centro francés y alemán y que, curiosamente, ahora es sostenida por la Nueva Izquierda. Sin duda porque el análisis que hace de la situación en Alemania bien coincide con el que se hace en Francia, y ello pese a que las mayorías de gobierno son de color diferente en ambos países: SPD-Verdes en Alemania, derecha y centro en Francia.

Si en Alemania, la escisión entre social-liberalismo y 'social-socialismo' se ha consumado, en Francia camino va de hacerlo. La reciente universidad de verano del Partido Socialista (PS) francés grabó en mármol la división entre los partidarios de una alianza de centro-izquierda, de un lado, y los partidarios de un giro claro a la izquierda para cerrar un acuerdo con los alterglobalistas de ATTAC, con el Partido Comunista y con el trotskismo renovado de la Liga Comunista Revolucionaria, fuerzas electorales nada desdeñables en Francia con vistas a las presidenciales y legislativas de 2007. El Congreso del PS en otoño próximo podría marcar una ruptura a la alemana. □

ANDRÉS PÉREZ (PARÍS)



Schroeder parece haber anticipado para nada. Los sondeos pre-electorales señalan que la coalición de sindicalistas, alterglobalistas y ex comunistas renovadores va a entrar masivamente en el Parlamento federal, del que estaban casi ausentes tras los precedentes comicios de 2002. Las intenciones de voto de las listas del Linkspartei se sitúan repetidamente entre un 9% y un 12% de votos a escala federal, con una tendencia a crecer a medida que avanza la campaña. El electorado del PDS ex comunista sigue fiel en el este del país, donde algunos länder podrían dar más del 30% de los votos a la alianza de la nueva izquierda el 18 de septiembre. En el oeste, algunos 'cinturones rojos', que fueran bastiones del SPD, empie-

confirman su ensayo, y si se confirma igualmente el descenso de los Verdes, aliados de Schroeder, y de los liberales del FDP, puntal de la CDU-CSU, podría no haber mayoría posible, ni de centro-derecha ni de centro-izquierda. En tal caso, algunos comentaristas de supuesto renombre europeo, como Alexandre Adler, ya han puesto el grito en el cielo: Sería necesaria, urgente y preceptiva —dicen— una 'Gran Coalición', alianza entre la CDU y el SPD, para llevar adelante el programa de 'reformas'. No es seguro que el SPD, que aceptaría así su 'UCDización', saliera indemne de tal coalición con una derecha partidaria de suprimir la progresividad fiscal. El programa del Linkspartei prevé instaurar un salario mínimo in-